

operación que acababa de practicar, bajó la escalera, abrió la puerta del palacio episcopal, y midiendo con la vista la distancia que tenía que atravesar y los enemigos que le esperaban, se lanzó en medio de la muchedumbre, gritando con los dientes cerrados:

» — ¡Paso al HIJO DE LA MUERTA!

» Dos hombres de armas quisieron detenerle; ambos cayeron á sus pies para no levantarse. Á un tercer enemigo que pretendió cerrarle el paso le enterró en la cabeza la llave de una pistola. Después de atravesar la plaza y de sufrir el fuego de los guardias del castillo (por cuya puerta debía pasar indispensablemente), sin que le tocase ninguna bala, ganó un bosque vecino, salvó á nado el Biserno y encontrando en una pradera un caballo que pastaba en libertad, saltó sobre su lomo y llegó á galope á Manfredonia, en cuyo punto se embarcó en un buque dálmata que salía para Trieste.

» Aquel niño era yo. El final de la aventura, ya le sabéis; ya sabéis de qué modo vengó á su madre el *hijo de la muerta* quince años después.

» Y ahora que os he referido mi historia, añadió el joven, ahora que ya me conocéis, hablemos de mi cometido... Aun me queda que vengar una segunda madre: ¡la patria!»

CAPÍTULO XII

El general Championnet

El lector recordará que Héctor Caraffa había escrito, en nombre de los patriotas italianos, al general francés que acababa de obtener el mando del ejército de Roma, á fin de hacerle presente cuál era en Nápoles el estado de los ánimos y de preguntarle si podrían contar con el apoyo del ejército francés y con el del gobierno de la república, en el caso de que estallase un movimiento revolucionario en la capital de las Dos Sicilias.

Digamos algunas palabras respecto á aquella hermosa personalidad republicana, que fué una de las más puras glorias de nuestros días patrióticos. Antes de colocarla en el gran cuadro que pretendemos bosquejar, bueno será que demos al lector algunos ligeros detalles acerca de su pasado.

En la época en que empieza nuestra historia, el general Championnet contaba treinta y seis años; su rostro simpático y agradable cuadraba más bien á un hombre de mundo que á un guerrero; pero

bajo aquella fisonomía dulce y benévola se ocultaba un valor á toda prueba, un carácter enérgico y una poderosa fuerza de voluntad.

Championnet era hijo natural de un presidente de elecciones; su padre, no queriendo darle su nombre, le dió el de una pequeña posesión que tenia en las cercanías de Valencia, su ciudad natal.

Espíritu aventurero si lo hubo, Championnet fué domador de caballos antes de ser domador de hombres. Á los doce años, montaba y reducía á la obediencia los animales más rebacios.

Seis años después, cuando apenas contaba diez y ocho, comenzó á perseguir con incansable afán esos dos fantasmas que se llaman la gloria y la fortuna, y al efecto pasó á España y se enganchó en las tropas walonas bajo el nombre de Belleroso.

En el campo de San Roque, formado ante los muros de Gibraltar, encontró algunos compañeros de colegio en el regimiento de Bretaña: entonces obtuvo de su coronel el permiso de abandonar la guardia walona y entró como voluntario en aquel cuerpo.

Al firmarse la paz volvió á Francia, y su padre recibió con los brazos abiertos al hijo pródigo.

Cuando estallaron los primeros movimientos de 1789, Championnet volvió á sentar plaza. El rugido

del cañón de 10 de Agosto fué la señal de la primera coalición; entonces cada departamento ofreció su batallón de voluntarios y el de la Drome facilitó el 6.º. Championnet fué nombrado jefe y ganó con él á Besanzón. Aquellos batallones formaban el ejército de reserva.

Al pasar Pichegrú por Besanzón para ir á tomar el mando del ejército del Alto Rhin, encontró á Championnet á quien habia conocido cuando ambos eran jefes de voluntarios. Championnet le suplicó que le hiciese pasar al ejército activo y su deseo fué satisfecho.

Á partir de aquel momento, Championnet inscribió su nombre junto á los de los héroes de la república, y rivalizó con los Joubert, los Marceau, los Hoche, los Kléber, los Jourdan y los Bernadotte, bajo cuyas órdenes sirvió alternativamente, ó mejor dicho, de los cuales fué amigo y compañero.

Aquellos jefes conocían tan bien el carácter audaz y aventurero del joven, que siempre que ocurría llevar á cabo una empresa difícil, casi imposible, exclamaban:

— ¡Enviemos á Championnet!

Y éste, al volver en alas de la victoria, justificaba el proverbio francés que dice: *Feliz como un bastardo.*

Sus respectivos triunfos fueron recompensados con el empleo de general de brigada; poco después obtuvo el de general de división y el mando de las costas del mar del Norte desde Dunkerque hasta Flessingue.

La paz de Campo-Formio le llamó á París, y una vez en la capital, no conservó de todo su estado mayor más que á un joven edecán.

Championnet, en los diversos encuentros que tuvo con los ingleses, fijó la atención, á pesar suyo, en un capitán, cuya bravura era notable aun en aquella época en que todo el mundo hacía prodigios de valor. En cuantos combates se libraron al enemigo sobresalió por algún brillante hecho de armas: en la toma de Altenkirchen, fué el primero que subió al asalto; en el paso del Lahn sondó el río bajo el fuego enemigo y encontró el vado por donde pasó el ejército; en los desfiladeros de Lauhach se apoderó de una bandera; por último, en el combate de las Dunas atacó á mil quinientos ingleses á la cabeza de trescientos hombres; pero habiendo sido rechazados los franceses por una carga desesperada del regimiento del príncipe de Gales, el joven capitán no quiso retroceder un paso y quedó solo en medio de la legión inglesa.

Championnet, que desde lejos le seguía con la

vista, admirando, á fuer de valiente, aquel valor heroico, le vió desaparecer entre una nube de enemigos. Entonces se puso en persona á la cabeza de cien hombres y dió una carga para libertarle. Cuando llegó al punto en que había desaparecido el joven oficial, le halló rodeado de cadáveres y con tres heridas de bayoneta; pero en pie y con el tacón de la bota sobre el pecho del general inglés á quien había roto un muslo de un pistoletazo. Championnet le obligó á abandonar el campo de batalla y le recomendó á su propio cirujano. Así que se halló convaleciente de sus heridas, el general le preguntó si quería ser su edecán.

El joven aceptó.

El lector habrá adivinado que el héroe de las Dunas era Salvato Palmieri.

Su nombre fué para el general Championnet nuevo motivo de asombro; él indicaba que Salvato era italiano, cosa que el mismo joven confesaba no teniendo ninguna razón para negar su origen; y sin embargo, cada vez que había sido preciso obtener algunas noticias de los prisioneros ingleses y austriacos, Salvato los había interrogado en inglés y en alemán con la misma facilidad que si hubiese nacido en Dresde ó en las orillas del Támesis.

Salvato se contentó con responder á Championnet

que habiendo venido á Francia muy niño y habiendo terminado su educación en Inglaterra y en Alemania, nada tenía de extraño que hablase el inglés, el alemán y el francés con la misma perfección que su lengua nativa.

Comprendiendo Championnet los grandes servicios que podía prestarle un joven tan valiente y tan instruido, le conservó á su lado á su regreso á París.

Cuando Bonaparte se disponía á marchar á Egipto, Championnet solicitó seguir al vencedor de Arcole y de Rívoli, y eso que entonces aun no se conocía el objeto de la expedición; pero Barras, á quien se había dirigido para obtener el nombramiento, le dijo poniéndole la mano en el hombro:

— Quédate con nosotros, ciudadano general; pronto necesitaremos de tus servicios en el continente.

Y en efecto: habiendo reemplazado Joubert á Bonaparte en el mando del ejército de Italia, pidió que le asociasen á Championnet para encargarle del mando del ejército de Roma, destinado á vigilar á Nápoles y á amenazarle si necesario fuese.

Barras, que tenía á Championnet particular afec-
ción, le dijo al entregarle sus instrucciones:

— Si la guerra estalla, tú serás el primero de los

generales republicanos que reciba el encargo de destronar á un rey.

— La voluntad del Directorio será cumplida, respondió Championnet con la sencillez de un esparciata.

Y ¡cosa extraña! la promesa debía tener exacto cumplimiento.

Championnet partió para Italia con su joven edecán: en aquella época poseía ya el italiano, pero le faltaba la práctica del idioma. Desde entonces hablaba siempre con Salvato en la lengua del Dante, y, en la incertidumbre de lo que pudiera ocurrir, se ejercitó en aprender el dialecto napolitano que el padre de Palmieri había enseñado á su hijo en sus ratos de distracción.

En Milán, donde el general francés se detuvo algunos días, Salvato trabó conocimiento con el conde de Ruvo y le presentó al general Championnet como uno de los más nobles señores y de los más ardientes patriotas de Nápoles. Díjole que Héctor Caraffa, denunciado por los espías de la reina Carolina, perseguido y preso por la junta de Estado, había conseguido evadirse del castillo de San Telmo, y le pidió el favor de que le agregase á su estado mayor, como simple voluntario y sin ningún grado militar.

Consiguiente á esto, ambos le acompañaron á Roma.

El programa, ó, mejor dicho, las instrucciones que el Directorio dió al general Championnet se hallaban concebidas en estos términos :

« Rechazar por las armas toda agresión hostil á la independencia de la república romana, y llevar la guerra al territorio napolitano si el rey de las Dos Sicilias ejecutaba los proyectos de invasión que tan frecuentemente había anunciado. »

Como hemos dicho antes, el conde de Ruvo, una vez en Roma, no pudo resistir al ardiente deseo de tomar una parte activa en el movimiento revolucionario que, según se decía, estaba á punto de estallar en Nápoles ; así, pues, entró en la moderna Partenope á favor de un disfraz, y sirviéndole Salvato de intermediario, puso á los patriotas de Italia en comunicación con los republicanos franceses. Al mismo tiempo indicó al general, como medida urgente é indispensable, que les enviase á Palmieri, en el cual tenía Championnet la mayor confianza, y cuya presencia no podría menos de inspirarla también á sus compatriotas. El objeto de aquella misión era que el joven edecán viese por sus propios ojos el verdadero aspecto de las cosas, á fin de que al volver cerca del general pudiese darle cuenta de los medios

que los patriotas napolitanos tenían á su disposición.

Ya hemos visto en los capítulos precedentes los peligros que amenazaron á Salvato antes de llegar á la cita y de qué modo inició á los conjurados en los pormenores de su vida, á fin de que éstos pudiesen medir su patriotismo por la posición en que le habían colocado los acontecimientos, y de que tuviesen en él completa confianza.

Pero, desgraciadamente, los medios de acción del general Championnet, en el mando que acababa de recibir y que tenía por objeto la protección de la república romana, estaban muy lejos de responder á sus necesidades. Championnet llegaba á Roma un año después que el asesinato del general Duphot, asesinato que, si no provocó, toleró á lo menos y dejó impune el papa Pío VI, dió motivo á la invasión de la ciudad Eterna y á la proclamación de la república romana.

Berthier fué quien tuvo el honor de anunciar al mundo esta resurrección. Hizo su entrada en Roma como un triunfador antiguo, hollando aquella misma vía Sacra por la cual habían pasado, diez y siete siglos antes que él, los dominadores del universo.

Al llegar al Capitolio, recorrió por dos veces el circuito de la plaza en que se eleva la estatua de Marco Aurelio, arrullado por los frenéticos clamores de

« ¡ Viva la libertad! ¡ viva la república romana! ¡ viva Bonaparte! ¡ viva el invencible ejército francés! »

Luego, reclamó un instante de silencio, que acto continuo le fué concedido, y el heraldo de la libertad pronunció el siguiente discurso :

« Manes de Catón, de Pompeyo, de Bruto, de Cicerón y de Hortensio, recibid el homenaje de los hombres libres en este mismo Capitolio en que tantas veces defendisteis los derechos del pueblo é ilustrasteis la república romana con vuestra elocuencia y vuestras acciones. Los hijos de los Galos vienen á este lugar augusto, con el ramo de oliva en la mano, á restablecer los altares de la libertad levantados por el primero de los Brutos. Y tú, pueblo romano, que acabas de reconquistar tus legítimos derechos, acuérdate de la sangre que circula en tus venas! Vuelve los ojos hacia los monumentos de gloria que te rodean, imita las virtudes cívicas de tus mayores, muéstrate digno de tu antiguo esplendor y pruébale á Europa que todavía hay almas en las cuales no se ha extinguido el fuego que animaba á las de los antiguos romanos! »

Por espacio de tres días Roma estuvo resplandeciente é iluminada á *giorno*, quemáronse fuegos artificiales, se plantaron por doquiera árboles de la libertad y se bailó y cantó alrededor de ellos, á los

gritos de « ¡ Viva la república! » ; pero el entusiasmo fué de corta duración. Diez días después de pronunciado el discurso de Berthier, discurso que, además de la alocución á los manes de Catón y de Hortensio, contenía la formal promesa de un respeto inviolable á las rentas y á las riquezas de la Iglesia, los tesoros de esa misma Iglesia eran llevados, por orden del Directorio, á la casa de Moneda para transformarlos en piezas de oro y plata con la efigie, no de la república romana, sino de la república francesa ; según unos, aquel dinero pasó á la caja del ejército ; según otros, á las arcas del Luxemburgo : los que opinaban por la primera destinación se hallaban en minoría y aun era menor el número de los que daban fe á semejante especie.

Acto continuo se pusieron en venta los bienes nacionales ; pero como el Directorio tenía, según aseguraban, urgentísima necesidad de metálico para remitir al ejército de Egipto, aquellos bienes no produjeron lo bastante porque fueron vendidos de prisa y á bajo precio. Entonces se hizo un llamamiento al bolsillo de los ricos propietarios, los cuales, á pesar de los rudos ataques que las reiteradas exigencias del gobierno francés habían dado á su patriotismo, contribuyeron en dinero y en especie ; pero no tardó en agotarse también este recurso.

Resultado: que no obstante los sacrificios de las clases ricas de la sociedad, la constante renovación de las necesidades del Directorio hizo que las más indispensables atenciones quedaran sin cubrir; la paga de las tropas nacionales y el sueldo de los funcionarios públicos ofrecía al cabo de tres meses un atraso que empezaba en el día mismo en que había sido proclamada la república.

El salario de los obreros corría la misma suerte, y no siendo el pueblo romano de naturaleza muy trabajadora, ni aun con la esperanza de inmediata recompensa, todos abandonaron sus labores, y unos se hicieron pordioseros, otros sentaron plaza de bandidos.

En cuanto á las autoridades, que deberían haber dado ejemplo de una integridad lacedemonia, como no recibían ni un óbolo en pago de sus funciones, llegaron á ser más venales y estafadoras que de costumbre. La magistratura de la anona encargada de alimentar al pueblo, — institución de la Roma de los Césares que ha llegado hasta nosotros á través de la Roma de los papas, — no habiendo podido hacer las provisiones necesarias con el papel moneda completamente desacreditado, y careciendo de harina, de aceite y de carnes, declaraba que no sabía ya á qué santo encomendarse para poner

remedio á la escasez pública; tanto, que cuando el general Championnet entró en Roma, se decía por lo bajo que apenas quedaban víveres para tres días y que si el ejército del rey de Nápoles no se apresuraba á refrendar el pasaporte á los franceses y á restablecer al padre santo en el trono pontificio, trayendo la abundancia al pueblo, se iban á encontrar en la dura alternativa de morir de hambre ó de comerse unos á otros.

El principal encargo de Salvato era exponer á los patriotas de Nápoles la mísera situación de la república romana, situación á la cual se trataba de hacer frente á fuerza de honradez y de economía. Para empezar, Championnet echó de Roma á todos los agentes del fisco y se propuso aplicar á las necesidades del ejército y de la población todas las remesas de dinero, cualquiera que fuera su procedencia, que antes se mandaban al Directorio.

Respecto al ejército francés, cuya situación no era más floreciente que la de la república romana, he aquí lo que Salvato debía también noticiar á los conjurados de Nápoles.

El ejército de Roma, cuyo mando acababa de tomar Championnet, ascendía, según los cuadros que había recibido del Directorio, á treinta y dos mil hombres; pero en realidad no constaba sino de

ocho mil plazas. Estos ocho mil hombres, que desde hacía tres meses no habían recibido ni un cuarto de paga, estaban descalzos, sin uniformes, sin pan, y como envueltos por las tropas del rey de Nápoles, cuyo ejército se elevaba á 60,000 hombres perfectamente equipados y mantenidos. Por todas municiones, el ejército francés poseía ciento ochenta mil cartuchos, ó lo que es igual, quince tiros por hombre. Ninguna plaza se hallaba abastecida, no ya de víveres, pero ni de pólvora; y tal era la penuria de este artículo, que en Civita-Vecchia no hubo con qué disparar sobre un corsario berberisco que, á medio tiro de cañón del fuerte, se apoderó con el mayor descaro de una barca pescadora. Habiéndose fundido casi toda la artillería para reducirla á calderilla, no quedaban por junto más que nueve bocas de fuego. Verdad es que algunas fortalezas tenían cañones; pero, sea traición, sea culpable abandono, en ninguna de ellas había balas del calibre de las piezas; aquí eran más chicas, allá más grandes y en algunos puntos... completamente ilusorias.

Los arsenales estaban tan vacíos como las fortalezas; se pretendió armar de fusiles á dos batallones de guardias nacionales, pero fué trabajo inútil, no pareció uno. Y nótese que esto sucedía en un país

donde no se encuentra un hombre, ni á pie ni á caballo, que no lleve su escopeta al hombro ó atravesada en el arzón de la silla.

Pero Championnet había escrito á Joubert, y le habían prometido enviarle de Alejandría y de Milán un millón de cartuchos y diez cañones con sus trenes correspondientes.

En cuanto á proyectiles, Championnet había establecido hornos de fundición en los cuales se fabricaban cinco mil por día. En semejante situación, el general republicano suplicaba á los patriotas de Nápoles que no precipitasen los acontecimientos, porque todavía necesitaba un mes, no ya para invadir el reino de las Dos Sicilias, sino para hallarse en estado de defender la república romana.

En este mismo sentido estaba concebida una carta que Salvato llevaba para el embajador francés en Nápoles, carta en que Championnet exponía á Garat lo precario de su situación, pidiéndole que hiciese todo lo posible por aplazar la ruptura entre los dos gobiernos. Aquel despacho, cuidadosa y herméticamente encerrado en una cartera de cuero, no había sufrido el contacto del agua del mar.

Por otra parte, Salvato conocía su contenido, y aunque hubiese quedado ilegible, habría podido recitársele de memoria al embajador; si bien se

cierto que éste, no recibiendo la carta, quedaba sin una pauta segura para saber el crédito y el grado de confianza que debería conceder al emisor.

Tales eran los hechos que Palmieri expuso á los conjurados; así que terminó su relato, hubo un momento de silencio durante el cual se miraron unos á otros como interrogándose con la vista.

—¿Qué hacer? preguntó al fin el conde de Ruvo, el más impaciente de todos.

—¡Seguir las instrucciones del general! respondió Cirillo.

— Y á fin de conformarme con ellas y de darles debido cumplimiento, añadió Salvato, voy en este mismo instante á casa del embajador de Francia.

—¡Pues, entonces, daos prisa! dijo desde lo alto de la escalera una voz que hizo estremecer á todos los conjurados, incluso Salvato. Daos prisa, porque, según se dice, el embajador sale de Nápoles esta noche ó mañana por la mañana.

—¡Velasco! exclamaron á duo Nicolino y Manthonnet.

— Deponed todo recelo, señor Palmieri, añadió en seguida Nicolino; éste es el sexto amigo que esperábamos, y que, por mi culpa, por mi grandísima culpa, ha pasado sin previo permiso por la tabla que yo olvidé retirar, no una vez, sino dos; la primera

al traer la cuerda, la segunda al entrar con el vestido.

—¡Nicolino, Nicolino! dijo Manthonnet; tus descuidos nos van á llevar á la horca.

—¡Bah! replicó indolentemente Nicolino; la profecía no es nueva, yo he tenido el honor de hacerla antes que tú. ¿Por qué diablo conspiráis con un loco?